

EL CULTURALISMO Y LA 'CRISIS' DE LA HISTORIA SOCIAL

CULTURALISM AND THE 'CRISIS' OF SOCIAL HISTORY

Frank Patiño Romero. Estudios en lingüística y literatura de la Universidad de Cartagena y maestría en historia en la Universidad del Atlántico. Docente de las universidades Jorge Tadeo Lozano y Fundación Universitaria Colombo Internacional. E-mail: frankpatinoromero@gmail.com fpatino@unicolombo.edu.co

Recibido 14/07/2017 – Aceptado 01/09/2017

Resumen: A finales de siglo XX, las visiones culturalistas y revisionistas hegemonizaron las investigaciones historiográficas y a las ciencias sociales y humanas en general, cuestionando los enfoques marxistas y la historia social. La crisis del estalinismo y la caída de la URSS, aceleraron estos cuestionamientos y propiciaron un asalto del “posmodernismo” a la academia y a la política, en este ensayo se hace una reflexión acerca de la validez de estas críticas, revisando las miradas críticas desde las orillas del marxismo reduccionista o dialéctico.

Palabras clave: Culturalismo, historia social, marxismo, posmodernismo

Abstract: At the end of the 20th century, culturalist and revisionist views hegemonized historiographical research and the social and human sciences in general, questioning Marxist approaches and social history. The crisis of Stalinism and the fall of the USSR accelerated these questions and led to an assault of 'postmodernism' on academia and politics, in this essay a reflection is made on the validity of these criticisms, reviewing the critical views from the shore of Marxism, reductionist or dialectical.

Keywords: Culturalism, social history, Marxism, postmodernism

Nos consolábamos a veces con comidas a las que buenos amigos nos invitaban, cbismes, discusiones sobre Sartre, el estructuralismo y esa broma que las derechas quieren universal, saben pagar bien a sus creyentes y la bautizan posmodernismo.

Juan Carlos Onetti (1993)

La certidumbre de la historia como disciplina que estudia el pasado fue puesta en cuestión a finales de siglo XX por la emergencia de visiones que reaccionaban contra los 'viejos' determinismos – del estructuralismo y del marxismo – virando hacia visiones culturalistas y, de esta manera, procurando un nuevo determinismo. Estas visiones, que en un principio fueron catalogadas como 'posmodernas', generaron arduas discusiones que apuntaban contra los cimientos de las certezas epistemológicas de las ciencias sociales.

Estas discusiones no eran nuevas, pero la crisis del llamado Socialismo Real aceleró los cuestionamientos y aportó nuevos interrogantes, en especial, hacia la historia social y el marxismo. Muchos de estos cuestionamientos significaron un asalto del “posmodernismo” a la academia y a la política, por ello es necesario indagar acerca de su

validez y revisar, en el caso del marxismo, las razones que llevaron a estas discusiones. En principio, es menester advertir de la complejidad del trabajo de Marx, una obra extensa y con contradicciones, y de los distintos autores que se inscribieron en la tradición marxista, así como las implicaciones de un cierto “marxismo oficial” que privilegió las versiones más reduccionistas, que alimentan las críticas culturalistas de la historia.

Una discusión no tan nueva

En *Historia de las historias. De Heródoto al siglo XX*, Burrow (2014) hace un recorrido acerca de los cuestionamientos que emergen en la historiografía y da cuenta de que “en el último tercio más o menos del siglo XX, en particular, eclosionaron un centenar de flores historiográficas, algunas también se marchitaron muy pronto” (p.514). Cita

el caso del holandés Johan Huizinga cuya obra es reconocida en áreas de las disciplinas sociales como la comunicación, la publicidad y el diseño. Burrow muestra cómo Huizinga desarrolló a principios del siglo estudios acerca de la Edad Media, mirando la cultura al mismo tiempo como una expresión del juego – actividad que escapa de la “cultura” – en una especie de psicoanálisis inverso en el que hay una especie de dominio del principio del placer sobre el principio de realidad, Huizinga (2012) explica que “con toda seguridad podemos decir que la civilización humana no ha añadido ninguna característica esencial al concepto del juego. Los animales juegan lo mismo que los hombres” (p.13).

Burrow (2014) señala que “tanto los antropólogos como los historiadores de la cultura llegaron finalmente a reconocer que era necesario abordar las cosas con un mayor grado de complejidad (aunque los marxistas con la fuerza mayor de la explicación materialista y el trabajar en la escala económica para dar cuenta del cambio, fueron menos sensibles a aquel impulso)” (p. 568). El historiador francés Roger Chartier, de la última generación de la Escuela de Annales, plantea que estos cuestionamientos a la historia social son distintos a los que se habían hecho en la primera mitad de la centuria, pues se trasladan de la crítica de la dependencia de la historia de otras disciplinas – en especial a la adopción del método de las ciencias naturales – al cuestionamiento de la validez de la historia como estudio del pasado:

El desafío lanzado a la historia a fines de la década de 1980 es inverso al precedente. Ya no se basa en una crítica de las costumbres de la disciplina en nombre de las innovaciones de las ciencias sociales sino en una crítica de los postulados de las ciencias sociales en sí. Los fundamentos intelectuales del asalto son claros: por un lado, el retorno a una filosofía del sujeto que rechaza la fuerza de las determinaciones colectivas y de los condicionamientos sociales y que intenta rehabilitar 'la parte explícita y reflexionada de la acción'; por otro lado, la importancia acordada a lo político que supuestamente constituye 'el nivel más abarcador' de la organización de las sociedades y, para ello, proporcionar 'una nueva clave para la arquitectura de la totalidad' (Chartier, 2005, p. 47).

La objetividad de la disciplina y el objeto mismo de sus estudios pasan al banquillo de los acusados, después de

que en la primera mitad del siglo la historia social parecía haber “descubierto” unas “formas” de acercarse al pasado. El índice acusador apunta, entonces al marxismo, que había establecido cierto prestigio más allá de sus representaciones 'oficiales' – Althusser, Stalin – con desarrollos teóricos desde la Escuela de Annales y la Escuela de Frankfurt.

Burrow (2014) sostiene que las condiciones en las que el marxismo cobra prestigio político y académico en esta primera mitad de siglo se deben a que “la revolución rusa, la crisis del 29 y la Depresión, en la medida que parecían ser signos del colapso del capitalismo que había pronosticado Marx, ayudaron a impulsar la visión marxista de la historia contemporánea y, como corolario, también del pasado. En la década de 1930, el ascenso del fascismo, además, parecía anunciar la cercanía de la confrontación final, quizá militar, entre comunismo y capitalismo, después de haber sepultado el 'liberalismo burgués” (p.573).

Por otra parte, se señalan autores que resistieron al determinismo marxista, citando nombres como Paul Veyne, Hayden White y Michel de Certeau que, según Roger Chartier (2005), cuestionaron ya no los determinismos sino la misma validez de la disciplina histórica, optando por explorar su parentesco con la literatura “de ahí deriva la cuestión principal en que se basó el diagnóstico de una posible 'crisis de la historia' en los años 1980 y 1990 del siglo pasado. Si la historia como disciplina de saber comparte sus fórmulas con la escritura de imaginación, ¿es posible seguir asignándole un régimen específico de conocimiento? ¿la “verdad” que produce es diferente de la que producen el mito y la literatura?” (p.22). Chartier muestra, sin embargo, que voces como la de Carlo Ginzburg plantearon el falso dilema entre la retórica y la historia, pues si bien hay una narración histórica es distinta de la narración literaria.

En su resistencia tenaz a la 'máquina de guerra escéptica' posmodernista del 'giro lingüístico' o del 'giro retórico', Carlo Ginzburg recordó varias veces que, en la posteridad de la retórica aristotélica, prueba y retórica no son antinómicas, sino que están indisolublemente ligadas y que, por otra parte, desde el Renacimiento la historia ha sabido elaborar las técnicas eruditas que permiten separar lo verdadero de lo falso. De ahí su firme conclusión: reconocer las dimensiones retórica o narrativa de la escritura de la historia no implica de ningún modo negarle su condición de un conocimiento verdadero, construido a partir de pruebas y de controles. Por ello, el 'conocimiento (incluso el conocimiento histórico) es posible' (Chartier, 2005, p.23).

1. Autores como Lyotard, Habermas, Foucault, Derrida y Deleuze ocuparon el lugar que en los debates políticos universitarios tenían las discusiones acerca de los 'modelos' de revolución.

Aquí debemos detenernos en la relativización que hace Reinhart Koselleck (2012) en sus reflexiones sobre la historia conceptual cuando sostiene que “toda traducción al propio presente implica una historia conceptual” (p.10). Para Cheirif Wolosky (2014) “la historia conceptual, en tanto método heurístico de crítica de fuentes, es la condición de posibilidad de una historia social que, por antonomasia, no está limitada al análisis de conceptos” (p.86).

Pero además se pasó de la concepción de la historia como un relato literario, a la acusación de ser un relato que no daba cuenta de los cambios en el mismo campo literario, Jacques Revel (2005) afirma que la historia había quedado además bajo la vieja escuela literaria de narración omnisciente y extradiegética: “De manera aún más difusa, la escritura de la historia se refería, sin saberlo siempre, al modelo clásico de la novela donde el autor-organizador conoce y domina soberanamente los personajes, sus intenciones, acciones y destinos; sabemos que se llegó incluso a intentar mezclar los dos géneros. Pero desde hace mucho tiempo la novela ha cambiado. Luego de Proust, Musil o Joyce, su escritura histórica hace lo mismo” (p.46).

Marxismo: del reduccionismo a la lucha de clases

En este segundo aparte debemos revisar dos de los escenarios que 'facilitaron' el asalto posmoderno: la complejidad y contrariedad del trabajo de Marx y sus versiones reduccionistas. En el primer aspecto, son bien conocidas las elaboraciones que muestran las distintas etapas del trabajo de Marx, que corresponden a su desarrollo intelectual y a las tensiones políticas, pues muchos de sus textos tuvieron como finalidad plantear discusiones y propuestas 'urgentes' en el entonces naciente movimiento obrero y no establecer una filosofía de la historia como se pretendió desde el llamado marxismo oficial, que contaba con la 'bendición' de la academia soviética.

El profesor Omar Acha (2013) en un texto acerca de la obra de Edward P. Thomson sostiene que: “La naturaleza polémica del marxismo comienza con su momento marxiano fundacional. Está presente en la obra misma de Karl Marx. Por ejemplo, no dice lo mismo el 'joven' Marx de los *Manuscritos de 1844* cuando denuncia las 'alienaciones' producidas por la 'propiedad privada' que el Marx 'maduro' que explica el 'fetichismo de la mercancía' derivado de la 'lógica del capital” (p.315).

En cuanto al segundo aspecto, dos autores 'marxistas'

dominaron la escolástica de los partidos comunistas y sus reproducciones 'nacionales', Louis Althusser y Josep Stalin. Althusser pretendió dar respuesta al complejo funcionamiento de los estados modernos haciendo énfasis en la existencia de una base económica (estructura) y unas instituciones que la sostenían (superestructura), la particular dialéctica materialista althusseriana planteaba una opresión (reproducción) de esas instituciones en la base económica. Además, defendía la existencia de una 'filosofía' y una 'ciencia' marxistas Althusser (1967) asegura que:

La doctrina marxista presenta, efectivamente, la notable particularidad de estar constituida por dos disciplinas teóricas distintas, unidas una a la otra por razones históricas y teóricas, pero en realidad distintas una de la otra, por cuanto tienen distintos objetos: el materialismo histórico (o ciencia de la historia), y el materialismo dialéctico (o filosofía marxista). Esta distinción ha sido confirmada por la tradición marxista, desde Marx y Engels hasta Lenin y Stalin. Sin embargo, ha sido refutada por otros teóricos marxistas, que la han alterado o negado, reduciendo el materialismo histórico al materialismo dialéctico, o a la inversa, el materialismo dialéctico al materialismo histórico (por ejemplo, Labriola, el joven Lukacs, y hasta el propio Gramsci, en cierta medida) (p.3).

Por su parte, Stalin propone una de las ideas más extendidas por este 'marxismo oficial' cuando defiende la extendida tesis de que la existencia determina la conciencia:

La idea es la fuente de la vida social, afirmaban los idealistas. A su juicio, la conciencia social es el fundamento sobre el que se construye la vida de la sociedad. Por eso se les llamaba idealistas. Era preciso demostrar que las ideas no caen del cielo, que son originadas por la vida misma. En la palestra de la historia aparecieron Marx y Engels, que cumplieron a maravilla este papel. Demostraron que la vida social es la fuente de las ideas, por lo que la vida de la sociedad es el fundamento sobre el que está edificada la conciencia social. Así cavaron la fosa al idealismo y desbrozaron el camino al materialismo (Stalin, 1905).

Y si Althusser – quien a pesar de proponer un marxismo en el que no parecía existir escenario para la lucha de clases, piedra angular de la historiografía de Marx – enfilaba sus críticas a Lukacs o Gramsci, Stalin se refería a León Trotsky, quien desde el músculo de la tradición marxista se atrevía a cuestionar lo que había de

mecanicismo en sus conceptos. En la polémica con N. Rozkov sobre la conciencia de clases, Trotsky señala los errores de las predicciones de Marx en el *Manifiesto comunista* cuando anunciaba el fin del mundo capitalista, Trotsky sostiene que “el Marx de 1848 era, en punto a utopía, un niño de pecho en comparación con muchos actuales autómatas infalibles del marxismo” y explica su tesis sobre la formación de la conciencia de clase:

El desarrollo técnico, la concentración de la producción y la elevación de la conciencia de las masas, son indudablemente condiciones previas del socialismo. Pero todos estos procesos tienen lugar simultáneamente; no sólo se empujan e impulsan mutuamente, sino que también se demoran y limitan recíprocamente. Cada uno de estos procesos, que se realiza en un nivel superior, requiere un desarrollo determinado de otro proceso en un nivel más bajo. Pero el desarrollo completo de cada uno de ellos es imposible una vez que los otros se han desarrollado, a su vez separadamente, por completo (Trotsky, 2000).

Pero fueron las versiones 'oficiales' las que prevalecieron en este marxismo del siglo XX, a pesar de que Trotsky y Gramsci realizaron los aportes más importantes y de las versiones más 'heterodoxas' del marxismo como las escuelas de Annales y Frankfort. Esta discusión nos abre la puerta al tercer aspecto, al 'descuido' marxista por los problemas 'culturales', señalados también desde la propia anatomía marxista, como ocurre con el historiador inglés Edward P. Thompson quien, como señala Burrow, “tenía evidentes rasgos marxistas, aunque no concedía excesivo rigor a las nociones marxistas de los históricamente correcto y, en especial, al determinismo económico” (Burrow, 2014, 537).

Por su parte, la Escuela de Historia Social Inglesa, liderada por E. P. Thompson, no solo desarrolló un concepto de conciencia de clases bastante similar al de Trotsky, sino que cuestionó el mecanicismo del modo de producción y volvió a ubicar al centro del marxismo la lucha de clases:

El análisis thompsoniano de la clase como una formación histórica es útil para mostrar el carácter contingente de la realidad de clase concreta, que no es deducible ni capturable en una condición social-material sin la cual es, sin embargo, incomprensible. No es que la experiencia de clase pueda ser vivida más allá de las condiciones materiales; el problema consiste en establecer el interjuego entre los condicionamientos económico-sociales, las dimensiones de la conciencia, las formas culturales y las acciones de lucha entre las clases, para establecer empíricamente la generación de aquella

realidad. En efecto, para Thompson la formación de una clase solo se consuma una vez forjada antagonistamente su “conciencia” (Burrow, 2014, p.537).

Pese a estas contradicciones en el seno mismo del marxismo, Burrow señala como balance que “los marxistas, tanto los que teorizaban como los historiadores, habían prestado escasa atención a cómo en realidad la conciencia de clase se había formado: tendía a suponerse que se seguía casi de manera automática de la producción en fábricas; de la negociación de salarios y de condiciones que les hizo unirse y disciplinarse en una acción colectiva, y quizás los expertos marxistas de la clase media les ayudaron a articular sus intereses y su papel histórico (Burrow, 2014, p.577). La imposición del estalinismo como marxismo 'oficial', su crisis de final de siglo y la irrupción de los nuevos determinismos culturalistas, ponen en el escenario otra vieja 'nueva' cuestión y es la necesidad de revisar la tradición marxista dispersa en Trotsky y Gramsci, Thompson y Hobsbawn, Frankfort y Annales, transitar del determinismo del modo de producción a la lucha de clases, para enfrentar la salida posmoderna.

Referencias

- Acha, O. (2013). E. P. Thompson, un marxista contra el marxismo como materialismo histórico. *Revista Rey Desnudo*, 2(3).
- Althusser, L. (1967). Materialismo dialéctico y materialismo histórico. *Pensamiento Crítico*. (5), p. 3-26.
- Burrow, J. (2014). *Historia de las historias: de Heródoto al siglo XX*. Madrid: Grupo Planeta.
- Chartier, R. (2005). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.
- Cheirif Wolosky, A. (2014). La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck. *Historiografías*. (7), 85-100.
- Huizinga, J. (2012). *Homo Ludens*. Madrid: Alianza.
- Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Editorial Trotta.
- Onetti, J. (1993). *Cuando ya no importe*. Madrid: Alfaguara.
- Revel, J. (2005). Microanálisis y construcción de lo social. En J. Revel, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social* (págs. 41- 62). Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Stalin, J. (1905). *Brevemente sobre las discrepancias en el Partido*. Escrito en abril de 1905.
- Trotsky, L. (2000). *Balance y perspectivas*. Red Vasca Roja.